

January 1989

El valor de las Humanidades en la formación del Universitario Hoy

Dr. Alberto Calderón Fernández

Universidad de La Salle, Bogotá, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Calderón Fernández, D. (1989). El valor de las Humanidades en la formación del Universitario Hoy. Revista de la Universidad de La Salle, (17), 175-182.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

El valor de las Humanidades en la formación del Universitario Hoy

*Dr. Alberto Calderón Fernández**

INTRODUCCION

Que exista todavía crisis en la estructuración del profesional del mañana es un hecho evidente. Hemos avanzado, pero a los diversos estamentos que componen el claustro universitario nos toca preguntarnos sin cansancio sobre nuestra parte de responsabilidad en esta crisis.

Detectar un poco lo que nos falta todavía para solidificar el mundo de las *humanidades* es una tarea verdaderamente urgente. Crear un espíritu humanista en quienes por constitución física o temperamental carezcan de él, es todo un reto.

Tomar conciencia de lo que a este respecto piensan las universidades de hoy es un deber de todos los que componemos el mundo directivo y docente de nuestros claustros. Diez años después de los decretos sobre la reforma de la Educación Superior en el país es tiempo suficiente para una primera evaluación de este programa.

En la Universidad de La Salle existe además un Marco Doctrinal que ha sido hecho dentro de este espíritu. Los años de esfuerzo reflexivo, el valor de tantas personas que han puesto su entusiasmo y su ideal al servicio de una constitución referencial para nuestras labores docentes y administrativas en este claustro, son otro acicate para reflexionar con seriedad y evaluar en profundidad nuestra tarea.

Estos son algunos de los frentes que pretendemos abordar en este artículo.

* Licenciado en Filosofía, Universidad Javeriana de Bogotá. Habilitado al Doctorado de Filosofía, Instituto Católico de París. Master en Ciencias Sociales, Instituto de Ciencias Sociales de París. Profesor de Sociología y Ética, Universidad Jorge Tadeo Lozano; Profesor de Antropología, Ética y Cultura en la Universidad de La Salle.

Principalmente quisiéramos proponer un ejemplo clásico, el de la formación griega y su salto desde lo pre-filosófico a lo filosófico para estructurar la personalidad del ciudadano, como marco de referencia. Ojalá éste se convirtiera en punto de partida de la reflexión sobre el *valor de las humanidades en toda la familia universitaria*.

Somos concientes de dejar de lado puntos importantes; pero nos parece que esta reflexión puede ser un comienzo para lograr la pretendida formación integral del universitario en la Colombia de nuestros días.

1. AFECCION POR LAS HUMANIDADES O AFECCION PARA OTRAS DIMENSIONES NO PROPIAMENTE HUMANISTICAS DEL SABER

Pienso personalmente que el problema de las humanidades en la actual formación del universitario debe abordarse primero desde el punto de vista de la afección o desafección por esta perspectiva de lo humano.

Normalmente quienes escribimos de esto somos humanistas. A nosotros nos queda muy fácil hablar de lo que nos parece evidente y decirles a otros que las humanidades son importantes. Escogimos las humanidades a partir de una vocación que de seguro es primordialmente biológica: *nuestro organismo físico está orientado en este sentido*. Nuestra constitución biológica es humanista. Yo estoy seguro de que algo orgánico nos hace amar la literatura, el cine, el teatro, la vida como problema o como proyección. Al menos tenemos indiscutiblemente una orientación psicológica hacia estas dimensiones; nuestro carácter, nuestros gustos, nuestro estado permanente de ánimo nos hacen pensantes, reflexivos, críticos, problematizadores. Hay ciertamente en nosotros fibras más humanas que nos hacen preferir este tipo de problemas cuando meditamos hacia dentro o hacia afuera y cuando buscamos ubicarnos dentro del cuadro de las profesiones o de los diversos trabajos.

Pedagogos por vocación, filósofos, teólogos, sociólogos, psicólogos, historiadores, literatos, lingüistas y filólogos, antropólogos... he ahí algunas de las profesiones de las que salen las más entusiastas defensas de las humanidades.

Nosotros señalamos con ojos avizores múltiples problemáticas casi constantes en cualquier época histórica y que hacen concluir en la importancia de la reflexión humanista: momentos de crisis en los valores; crisis religiosas, políticas, sociales; detectamos fallas en la ortografía, en la manera de escribir, en los contenidos de una redacción; nosotros alertamos la falta de ideas, la debilidad en los argumentos con que éstas se sostienen o con los que se prueba una tesis y se sostiene una opinión, o simplemente la debilidad en la estructura ideológica o de juicio, o de argumentación de una persona.

Nosotros estamos atentos con nuestros alumnos a determinadas épocas de gran contenido humanístico: la época griega, el mundo del renacimiento... o a ciertos frentes vitales: el mundo de la síquis, de la religión, de la política; o el mundo de las letras, de las ideas filosóficas.

Pero los humanistas no podemos olvidar que hay otras constituciones orgánicas y síquicas distintas. Tenemos que ser concientes de quienes no pien-

san tanto su vida o la de otros; de los que no problematizan; de los que no escogen profesiones o trabajos como los nuestros. Debemos recordar que hay muchos temperamentos fríos, pragmáticos o técnicos; tenemos que tratar igualmente con personas que buscan en la vida resultados tangibles y valorables en hechos inmediatos y que no son probablemente tan humanos.

Ellos son entre otros, aquellos que se dedican al comercio o a la industria; aquellos que prefieren análisis o resultados de laboratorios; aquellos que se contentan con estudiar cómo dirigir la parte contable de una empresa o dirigir pragmáticamente las finanzas del país; aquellos que gustan simplemente de construir una casa o una carretera o un puente; aquellos que profundizan el conocimiento del organismo biológico no tanto para aliviar el dolor humano, sino simplemente porque ésa es su profesión. Ellos no sueñan tanto como el filósofo, el teólogo o el poeta. Su lógica es más concreta; más física, más inmediata.

¿Cómo mantener en los primeros su afición y cultivarla, y cómo despertar a los otros hacia perspectivas que no son propiamente las suyas? He ahí el tremendo desafío que las universidades han puesto hoy en día en las manos de los humanistas.

2. LO INDISCUTIBLE DE LAS HUMANIDADES A PARTIR DEL DECRETO 080 DE 1980, SOBRE LA EDUCACION SUPERIOR

Colombia ha dado una muestra circunstancial del gran vacío de las humanidades antes del año 80, y, cosa sorprendente, después de 1980, cuando por así decirlo las humanidades se impusieron por decreto.

La reacción no podía ser más positiva: el hecho de una falla social bastante delicada comenzó a manifestarse, pero la reacción en el mundo universitario fue positivamente remarcable. Las carreras de tipo humanístico entre nosotros tomaron conciencia del hecho y se abrieron a la reflexión de nuestra situación latinoamericana y colombiana. Pero lo más dignificante para nuestra sociedad colombiana fue el haber abierto también las carreras científicas y técnicas que aparentemente no tenían nada que ver con lo humano a materias de tipo humanista en sus programas de estudio: un área nueva apareció por todas partes, más intensa en unas universidades, en otras tal vez menos, pero los estudiantes universitarios colombianos fueron dirigidos al objetivo de una formación más integral. Ciertamente que muchas prestigiosas universidades del mundo no pueden ufanarse de este logro tan típicamente colombiano.

Antes hubo una afición por las carreras técnicas en el espíritu de nuestros alumnos proveniente quizá del deseo por una ubicación económica que fuera lucrativa. Nuestros alumnos parecían escoger principalmente carreras productivas. Era desolador para lo humano constatar antes de 1980, el que la matemática y la técnica se afirmaran de tal manera que los estudiantes de estas carreras no se formaran sino en lo específico de sus disciplinas. Aprendían a hacer casas y edificios, puentes y represas, aprendían a conocer la fuerza del agua y a dominarla mediante la ciencia de la hidráulica, a conocer los organismos biológicos y

codiciaban el dinero que se podía derivar de estas tecnologías... pero lo humano lo propiamente humano se les escapaba. Y en el país sentimos una serie de fallas y de crisis que en alguna ocasión hicieron decir a uno de nuestros dirigentes políticos que este país se nos estaba desencuadrando.

Después de 1980 cuando el Decreto sobre reforma de la Educación Superior había ya orientado todas las universidades a una dimensión más humanística como condición para la formación de un profesional más integral, asistimos también a una ola de muertes, de secuestros, de violencia, de tráficos ilícitos y en su versión más repugnante a la aparición de las llamadas escuelas de sicarios.

Indudablemente que lo uno no tuvo que ver con lo otro. Además este artículo no pretende referirse a estudios sociológicos al respecto. Nosotros sólo pretendemos subrayar la toma de conciencia tan particular que a partir del año 1980 Colombia hizo de la importancia de la formación humanista en las universidades. Quizás una toma de conciencia más amplia hubiera sido también beneficiosa para el mundo extrauniversitario. Lo importante en los claustros es que desde entonces estamos cimentados en un pensar más sólido, en la reflexión de las diversas posiciones mentales con respecto a la verdad, en la ética: *el mundo universitario está orientado hacia lo social y esto es por ahora irreversible.*

Esta fue sin embargo la tarea del Ministerio de Educación Nacional: ahora queda a cada universidad el que sus directivas, sus docentes y sus alumnos sostengan el proyecto. Tremenda responsabilidad otra vez para quienes manejamos el área humanística.

3. EL CONTENIDO HUMANISTICO EN EL MARCO DOCTRINAL DE LA UNIVERSIDAD DE LA SALLE

Yo pienso personalmente, que nuestro claustro universitario cuenta con un Marco Doctrinal orientador y directivo que ha sido pensado hasta el fondo. Los dirigentes de nuestra Alma Mater han tomado conciencia de la problemática del hombre y la han plasmado en un Marco Doctrinal capaz de conducirnos. Sus Directivas y sus profesores hemos reflexionado profundamente de tal manera que yo personalmente no encuentro en otras universidades un marco directivo tan preciso y tan detallado.

Una pregunta me surge, sin embargo, inquietante y acusosa: *¿de quiénes depende ahora el éxito del proyecto?*

Creo que la primera responsabilidad recae sobre las decanaturas de las carreras específicamente técnicas, proque como decía al comienzo —no son los humanistas quienes carecen de ambiciones para un trabajo profundo en la formación integral de los alumnos—. ¿Serán ellos capaces de sostener la altura del proyecto? ¿Estarán ellos convencidos de que lo más urgente para el país no es formar solamente técnicos de la ingeniería, o administradores de empresas capaces de lograr el éxito financiero de las mismas? ¿Estarán los economistas, o los optómetras, o los químicos, o los biólogos decididos a secundarnos para que las materias del área humanística no sean solo “costuras” en el pensum sino

materias tan válidas como cualquiera de las materias técnicas en las que ellos quieren hacer expertos a sus alumnos?

Pero otra responsabilidad no menos importante es la de los humanistas que estamos encargados de traducir en la realidad este marco ideológico y la de los alumnos que se forman hoy en esta nueva perspectiva.

4. EL EXISTENCIALISMO DEL MUNDO ACTUAL Y LA NECESIDAD DE UN ESPIRITU MAS METAFISICO

Los formadores de hace algunos años conocimos la pedagogía rígida de nuestra época de alumnos y añoramos el claustro estructurado y monolítico en sus costumbres y en sus personas. Los pedagogos de la generación actual sabemos cuánto hicimos en nuestra época para superar dicho monolitismo, ya que nos tocó comenzar una etapa de desmonte. Pretendimos superar un espíritu demasiado metafísico al encontrarnos con los valores existenciales de una época moderna y contemporánea.

Fue un momento en que el saber y las formas de llegar a él se nos hacían demasiado abstractas y teóricas frente a un mundo que nos reclamaba más vivencia y más existencialidad. Esto hizo de nosotros un “modelo nuevo” si pudiéramos pensar como en los carros, que nos hizo aparecer diferentes en muchos aspectos, en modos de pensar y de actuar de los modelos anteriores producidos por la pedagogía antigua. Con todo, yo personalmente no creí que abrirnos era dejar lo anterior y abjurar de ello. Que buscar una vida nueva en los claustros de formación iba a concluir en otro extremo similar al que dejábamos.

Desde el ángulo filosófico me he obligado a estudiar desde hace más de 20 años el paralelo metafísica-existencia. Entre otras cosas porque tiene que ver con el problema y porque se me hace que es uno de los puntos fundamentales de reflexión para saber vivir la vida en cualquiera de sus aspectos. Sé que en ambas estructuras la historia del pensamiento ha descubierto valores, y que urgir cualquiera de las dos partes del binomio sin hacer síntesis con la otra ha sido siempre catastrófico. Tal vez antiguamente se vivía un espíritu exageradamente metafísico: era un extremo. Pero según veo en los claustros educativos hoy nos fuimos a otro: el extremo de la existencia.

La reacción contra las estructuras monolíticas de ayer se ha exagerado y las síntesis con los existencialismos modernos que hoy vive el mundo no se logró. Y ¿quién dijo que las épocas no traían errores en la evolución de su historia? ¿o acaso desde la aparición de la noosfera no le toca al hombre dirigir y controlar la evolución precisamente para “concientizarla”? A muchos de los nuestros les está ocurriendo ser simplemente productos inconscientes de la ciega evolución del mundo.

Vivir el dinamismo de un mundo existencial era algo que se imponía: pero llegar a una pedagogía demasiado descomplicada, sin estructuras, relativista, a una educación alérgica a los modelos, a todo universal, a los principios, que prefiere lo relativo a lo absoluto, lo contingente a lo necesario, el más acá al más

allá, existencializar la disciplina, poner la autoridad de las personas, de nuestros marcos doctrinales al nivel de lo relativo y contingente es otra cosa.

5. EL MODELO DE EDUCACION GRIEGA

Grecia vivía antes de los tiempos filosóficos una situación por cierto bien parecida a la nuestra. Fueron los llamados tiempos homéricos, el ambiente de Hesíodo, del orfismo, de Esquilo y de Píndaro. Antes del siglo VIII antes de Cristo no se conocía al menos en Grecia, el espíritu metafísico. Había una búsqueda innegable de la “areté” pero ello no era sino el esfuerzo de una solución vital que los griegos no consideraron filosófica.

Precisamente por eso, esa trilogía clásica que fue Sócrates, Platón y Aristóteles, vio la necesidad de dar un salto desde lo pre-filosófico a una manera de pensar y de vivir profunda, más sólida, que en vez de dispersar uniera, en vez de la multiplicidad caótica y desorganizada llevara a lo unánime, en vez de la contingencia a lo absoluto y necesario, en vez de la dispersión en la multiplicidad a lo organizado.

Ante una educación en otras palabras para un humanismo demasiado existencial tipificado en lo heroico, lo guerrero, lo artístico, lo poético, buscaron esa solidez que posteriormente se llamará *clasicismo* y que se conservó hasta la llegada del existencialismo y su bandera relativista. La nobleza de una juventud heroica y guerrera distingue la clase que trataron de formar la *Ilíada* y la *Odisea*; la paz paradisíaca del campo será exaltada por el beocio Hesíodo para dignificar a los obreros del campo; Esquilo y Píndaro señalaron para Grecia el derrotero de la belleza en la literatura que luego plasmarían en bellas formas sus incontables artistas. Pero todo esto hizo del griego un ateniense acomodado a un vivir conquistador y fácil. El espíritu espartano les será recomendado por los filósofos como un camino para superar lo finito en lo infinito y lo contingente en lo sólido y lo definitivo.

Lo pre-filosófico de Grecia llevaba mucho de sentimentalismo y de fantástico: lo filosófico será un esfuerzo de pensar con más razones y en serio. En los defensores de lo existencial siempre ha sido así: la razón no cuenta. Hablar de facultades superiores, de reflexión, en el pleno sentido de la palabra, no se estiló. La bella desorganización de la existencia, de lo concreto, de lo real, la cómoda posición relativista y subjetiva en la que cada uno grita y se sacude de cualquier marco doctrinal es su distintivo. Al griego de los tiempos filosóficos le pareció que esta posición no le convenía a Grecia: continuarla sería una amenaza y por eso insinuó el salto desde lo existencial a lo metafísico.

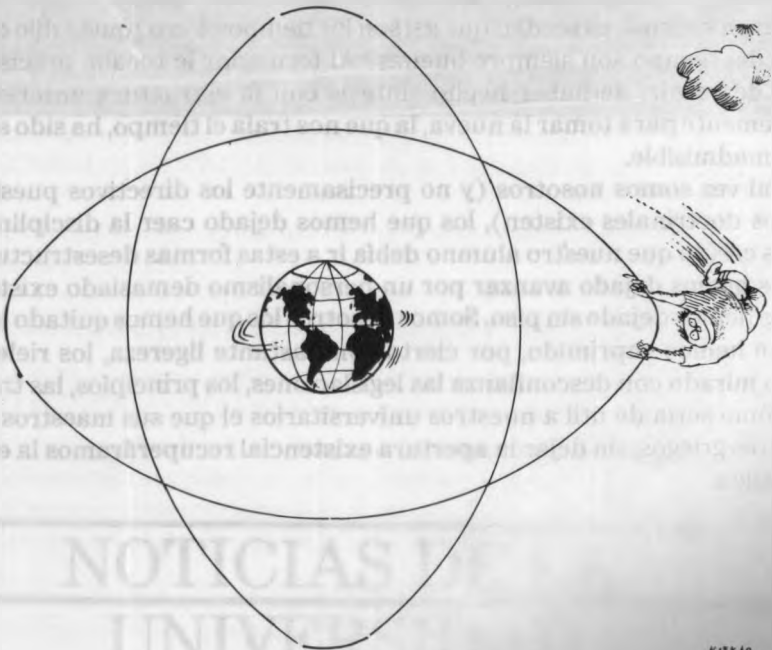
Claro que el filósofo griego no cayó tampoco en el error de abandonar la estructura de la existencia: su política fue abrirse a ella sin desprenderse en forma alguna de la solidez del mundo metafísico. En una síntesis admirable en la que juntó los valores individuales de la vida con los absolutos y los principios invitó a vivir la vida y la belleza dentro de unos moldes de sobriedad y de virtud.

La figura de Sócrates recobra todo su esplendor cuando hoy estudiamos la misma problemática de su época en la nuestra. En el pasado vemos a un hombre

de 36 años desconcertado ante la demasiada existencialidad de Atenas frente a su rival Esparta. El esplendor del siglo de Pericles hacía que la Grecia de su época viviera un período de confort que hizo la vida de aquellos hombres fácil, distraída, llevada de acá para allá, callejera. Un escepticismo frente a los grandes principios los distinguía, y una ideología basada en principios a nadie, a no ser a los filósofos, interesaba. Con esas premisas la superficialidad era desconcertante. Ante esta situación se presentó también desconcertante en su persona: frente a los vicios, el lujo, el afeminamiento y el cosmopolitismo, fruto de la prosperidad material de Atenas, apareció como despreocupado del exterior, vuelto a su mundo interior, para dar el salto metafísico: enseñó a pasar de los hechos particulares a los conceptos universales, a superar el mundo de los particulares, el mundo de lo meramente sensible. Al griego que buscaba las cosas bellas, los homenajes religiosos, la nobleza y la felicidad circunstancial le enseñó a buscar algo más sólido: qué era la belleza en sí, la felicidad en sí, más que la cosa misma, la idea. Más que la vivencia les enseñó a buscar lo permanente, lo esencial, lo universal en la virtud y en cada una de sus ramas.

Su discípulo Platón hará lo mismo, preocupándose por cimentar la actuación humana en la solidez de lo permanente. No se diga Aristóteles, que precisamente mereció que se le llamara el padre de la metafísica. Uno y otro, sin salirse de su época, sin dejar de ser hijos del tiempo, mostraron al griego demasiado contemporizador *un camino diferente*. Con valentía echaron en cara al griego de su época una falla y un pecado.

Lástima que su pueblo no les hizo caso!



6. PARA NUESTROS UNIVERSITARIOS DE HOY

Yo personalmente pienso que el presente hay que estudiarlo de nuevo a la luz de la historia. Y algo muy importante es probable que tengamos que pensar otra vez, ahora con menos orgullo, reflexiones que nos hicieron muchos colegas de más experiencia hace algunos años.

Es muy frecuente tomar un escrito de un universitario y encontrarnos desde errores de ortografía y redacción hasta falta de sentido en lo que dice y como lo dice. Parece que las estructuras mentales no existen. Se siente la falta de análisis. Esto como hecho ya hemos llegado a admitirlo y hasta lo explicamos con miles de razones. Pero ¿por qué cuando analizamos su capacidad abstractiva también nos presenta aspectos inquietantes? El razonamiento abstracto se rechaza; no llegan hasta allá. A veces no nos entienden cuando nos salimos un poco de la literatura sencilla y nos pasamos, vrg. a formas faulkenerianas. O cuando dejamos una filosofía literaria y nos pasamos, vrg. a un Hegel, un Heidegger, o un Husserl. Hablar de una filosofía del orden concreto les parece claro: pasarnos a una filosofía de corte metafísico les parece duro: ¿por qué?

Les queda difícil el silencio. La música que oyen es ruidosa, estridente, siempre sensorial. Les gusta lo exterior. Rehusan estar solos y casi siempre prefieren el trabajo en grupo. ¿Por qué?

Claro que en todo esto la crisis no es propiamente del universitario: es nuestra, de los formadores; somos nosotros los que dejándonos llevar de la época hemos tal vez existencializado demasiado la universidad. Porque vuelvo a decirlo, yo supongo que la evolución va viniendo un poco ciegamente y es el hombre el que con su inteligencia debe dirigirla. Decir que así son los tiempos me parece un sofisma: es verdad que así son los tiempos. Pero ¿quién dijo que por ser cosas del tiempo son siempre buenas? Al formador le tocaba precisamente la tarea de cernir, de haber hecho síntesis con la estructura anterior. Dejarla simplemente para tomar la nueva, la que nos traía el tiempo, ha sido superficialidad inadmisibile.

Tal vez somos nosotros (y no precisamente los directivos puesto que los marcos doctrinales existen), los que hemos dejado caer la disciplina, los que hemos creído que nuestro alumno debía ir a estas formas desestructuradas, los que les hemos dejado avanzar por un personalismo demasiado existencial, los que los hemos dejado sin piso. Somos nosotros los que hemos quitado los moldes, los que hemos suprimido, por cierto con bastante ligereza, los rieles, los que hemos mirado con desconfianza las legislaciones, los principios, las tradiciones.

Cómo sería de útil a nuestros universitarios el que sus maestros, como los maestros griegos, sin dejar la apertura existencial recuperáramos la estructura metafísica.